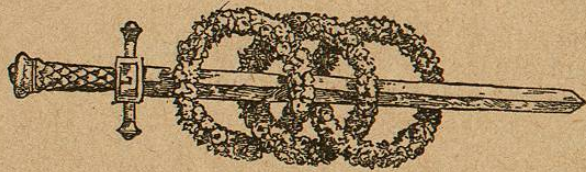


nes.»—«Los tendréis»—repuso la reina.—Y se puso á fabricar secretamente una moneda de papel (1).

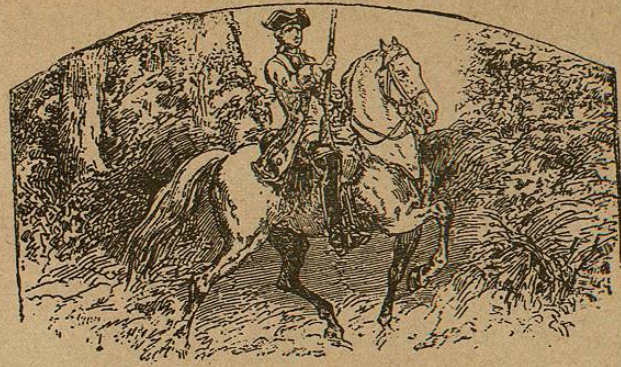
Broglie, sin estar preparado de antemano, agobiado por sus setenta y un años, trabajaba mucho sin hacer nada de provecho. Ordenes y contraórdenes se cruzaban. Su hotel era un cuartel general lleno de ordenanzas, de ayudas de campo, dispuestos á montar á caballo. «Se hacía una lista de los oficiales generales y se confeccionaba un plan de batalla.»

Las autoridades militares no estaban de acuerdo. Había nada menos que tres jefes: Broglie, que iba á ser ministro de la Guerra; Puysegur, que lo era todavía y, finalmente, Besenval, que tenía desde hacía ocho años el mando de las provincias del interior y á quien se indicó secamente que se limitara á obedecer al viejo mariscal. Besenval le explicó la situación, el peligro; trató de convencerle de que no se estaba en campaña, sino ante una ciudad de ochocientas mil almas en el último grado de exaltación. Broglie no quiso escucharle. Encerrado en su experiencia de la guerra de los Siete Años, no conociendo más que al soldado, las fuerzas brutas; lleno de desprecio para los burgueses y el pueblo, estaba convencido de que ante la presencia de un solo uniforme el pueblo huiría. No creyó necesario enviar tropas á París; solamente lo rodeó de regimientos extranjeros, no preocupándose de si aumentaría con ello la irritación del pueblo. Aquellos soldados alemanes tenían el aspecto de una invasión austriaca ó suiza; los nombres bárbaros de sus regimientos chocaban al oído francés; Royal-Cravate estaba en Charenton; en Sèvres Reinach y Diesbach; Nassau en Versalles; Salis-Samade en Issy; los húsares de Berchiny en la Escuela Militar, y en los alrededores Châteauevieux, Esterhazy, Rœmer, etc.

La Bastilla, bastante defendida con sus fortísimos muros, acababa de recibir un refuerzo de suizos. Tenía municiones bastantes y una monstruosa masa de pólvora, suficiente para hacer volar la ciudad entera. Los cañones, en batería desde el 30 de Junio, miraban á París y, bien cargados, asomaban sus negras bocas amenazadoras por las almenas.



(1) «Muchos de mis colegas me han asegurado haberlas visto ya impresas.» (Palabras de Bailly).



CAPITULO VI

Insurrección de París

Peligro de París.—Explosión de París, 12 de Julio de 1789.—Inacción de Versalles.—Provocación de las tropas; París toma las armas.—La Asamblea nacional se dirige en vano al rey, 13 de Julio.—Los electores de París autorizan el armamento.—Organización de la guardia burguesa.—Vacilación de los electores.—El pueblo se provee de pólvora y busca fusiles.—Seguridad de la corte.

Desde el 23 de Junio al 12 de Julio, ó sea desde la amenaza del rey á la explosión del pueblo, hubo un paréntesis extraño. Era aquél, dice un observador, un tiempo tempestuoso, nublado, sombrío, como un sueño agitado y penoso, lleno de ilusiones y temores. Falsas alarmas; falsas noticias; fábulas, invenciones de todas clases. Se sabía todo y no se sabía nada. Se quería explicarlo todo y adivinarlo todo. Se veían causas profundas aun en cosas nimias é indiferentes. Comenzaban ya movimientos sin iniciador y sin plan, nacidos espontáneamente de aquel fondo general de recelo y de sorda cólera. La tierra rugía, el sol estaba como eclipsado, parecía que se escuchaba la próxima erupción del volcán.

Ya hemos visto que en la primera Asamblea de los electores Bonneville había gritado ¡á las armas!, grito extraño en aquella asamblea de los notables de París. Muchos temblaron, otros sonrieron y uno de ellos proféticamente, dijo: «Joven, aplazad vuestra proposición quince días.» ¿A las armas contra un ejército organizado que estaba á las puertas de la ciudad? ¿A las armas, cuando este ejército podía cercar á París por hambre, cuando ya la carestía comenzaba á sentirse, cuando ya se veía formarse cola de hombres y mujeres en las puertas de las panaderías...? Los pobres de la campiña entraban por todos los barrios pálidos, famélicos, apoyados en sus largos bastones de viaje. Una masa de veinte mil mendigos, á la que se daba trabajo en Montmartre, estaba suspendida sobre la ciudad; si París hacía un movimiento podría descender este otro

ejército. Algunos mendigos habían intentado ya quemar ó romper la valla que les encerraba.

Había motivo para suponer que la corte iniciaría las primeras provocaciones; necesitaba vencer los escrúpulos del rey, sus deseos de paz, concluir de una vez con todos los compromisos...

Algunos jóvenes oficiales de húsares, los Sombreuil y los Polignac, fueron al Palais-Royal á insultar á la multitud y salieron de allí sable en mano. Evidentemente la corte se creía muy fuerte y apelaba á la violencia. En la mañana del domingo 12 de Julio, hasta las diez no supo nadie la despedida de Necker. El primero que habló de ello en el Palais-Royal fué tratado de aristócrata, amenazado. Pero la noticia circula, se confirma, produciendo ira, furor... En aquel momento, el medio día, sonó el cañón del Palais-Royal. «No se puede describir, dice *El Amigo del Rey*, el sombrío sentimiento de terror que aquel cañonazo produjo en todos los ánimos.» Un joven, Camilo Desmoulins, sale del café de Foy, sube sobre una mesa, desenvaina la espada, empuña una pistola y grita: «¡A las armas! ¡Los alemanes del Campo de Marte entrarán esta noche en París para degollarnos! Hagamos una escarapela.» Arrancó una hoja de un árbol y la puso en la cinta de su sombrero; todo el mundo imitó su conducta y los árboles quedaron deshojados.

¡Nada de teatros!; ¡nada de bailes!; ¡es un día de luto! Fué la multitud á la galería de figuras de cera y se apoderó del busto de Necker; otros, para aprovechar y utilizar todas las circunstancias, tomaron el del duque de Orleans. Adornados con gasas negras fueron conducidos á través de París; el cortejo, armado de bastones, de espadas, de pistolas y hachas, siguió la calle Richelieu y después, volviendo hacia el boulevard, recorrió las calles San Martín, San Dionisio y San Honorato, llegando á la plaza de Vendôme. Allí un destacamento de dragones esperaba al pueblo; cargó sobre él, lo dispersó é hizo pedazos el busto de Necker; un guardia francés, sin armas, no huyó, esperó la carga á pié firme y fué muerto.

Allí estaban los graneros de la Asociación de grandes propietarios defendidos por una barrera recién construída. Aquel mismo día fueron atacados por el pueblo y mal defendidos por la tropa que mató mucha gente, pero durante la noche fueron incendiados.

La corte, tan cerca de París, no podía ignorar nada de esto. Permaneció inmóvil, sin enviar órdenes ni tropas. Esperaba tranquilamente que la algarada aumentase, volviéndose motín serio y guerra, dándole lo que el tumulto Reveillon, apagado demasiado pronto, no pudo darle; un pretexto para disolver la Asamblea. Ahora dejaba á París en libertad. Ella estaba bien defendida en Versalles; tomados los puentes de Sévres y Saint-Cloud, podía cortar toda comunicación y en cualquier momento era capaz de cercar á París y rendirlo por hambre. Rodeada de tropas, alemanas dos terceras partes, ¿qué tenía que temer?... Nada. A lo sumo perder á Francia.

El ministro de París (había uno entonces) permaneció en Versalles. Las demás autoridades, el jefe de policía, el preboste ó alcalde Fleselles, el intendente Berthier, aparecieron inactivos. Fleselles, enviado á la corte, no pudo regresar, pero recibió instrucciones.

El comandante Besenval, sin responsabilidad, puesto que no podía hacer nada sin orden de Broglie, se quedó perezosamente en la Escuela Militar. No se atrevió á utilizar los guardias franceses, á quienes tenía acuartelados, pero disponía de muchos destacamentos de otros cuerpos y de tres regimientos, uno de suizos y dos de caballería alemana. Al medio día, viendo aumentar el tumulto, puso los suizos en los Campos Elíseos con cuatro piezas de cañón y reunió la caballería en la plaza de Luis XV. Poco antes de la caída de la tarde la multitud paseaba por los Campos Elíseos, llenaba las Tullerías; los más eran personas pacíficas que paseaban tranquilamente, familias que querían regresar temprano á sus casas, «porque había temores de algarada.» Pero la vista de aquellos soldados alemanes formados como para una batalla, conmueve á mucha gente. Algunos hombres profirieron injurias; los chiquillos tiran unas piedras (1). Entonces Besenval, temiendo al fin que le reprocharan en Versalles su pasividad inofensiva, dió la orden insensata, bárbara, comprensible sólo en su aturdimiento, de alejar al pueblo con los dragones. No podían éstos moverse en aquella multitud compacta é hirieron á algunas personas. Su coronel, el príncipe de Lambesc, entra en las Tullerías, pero no puede dar un paso. Encuentra una barricada de sillas; botellas y piedras comienzan á caer sobre él, que, iracundo, responde con pistoletazos. Las mujeres lanzan gritos desgarradores; los hombres se empeñan en cerrar las Tullerías dejándole dentro, pero él juzgó prudente salir aprovechando los instantes. Un hombre fué apaleado, muerto; un viejo que huía fué herido gravemente.

La multitud salió de las Tullerías, y con los gritos de su ira é indignación enteró á todo París de aquella brutalidad, de aquellos alemanes arrojando sus caballos sobre las mujeres y los niños, de aquel viejo herido, según decían, por la propia mano del príncipe... La gente corre á las tiendas de los armeros y toma cuanto encuentra; corre al Hotel de Ville para pedir armas y tocar á rebato, á somatén. Ningún magistrado municipal se encontraba en la Casa del pueblo. Algunos electores de buena voluntad se reunieron allí á las seis de la tarde, ocuparon el gran salón y en sesión secreta acordaron calmar la multitud. Pero detrás de la multitud, que invadía el edificio, había otra que llenaba la plaza y que gritaba: ¡Armas!, que creía que el Hotel de Ville era un arsenal oculto, y amenazaba con destruirlo todo. Atropellan la guardia, invaden la sala, derriban la verja y siguen á los electores hasta su despacho. A la vez les hacen mil relatos distintos de lo que acaba de pasar... Los

(1) Si el pueblo hubiera disparado muchos pistoletazos y herido algunos dragones, como afirmó Besenval, su defensor habilísimo, Deséze, lo hubiera hecho constar en sus observaciones sobre el informe de la acusación.

electores no pueden negar las armas de los guardias urbanos; pero cuando acceden ya el pueblo las había buscado, encontrado y tomado; ya un hombre en mangas de camisa, sin gorra y descalzo, se convierte en oficial y, orgullosa y fieramente, con el fusil á la espalda, dispone una guardia en la puerta del salón.

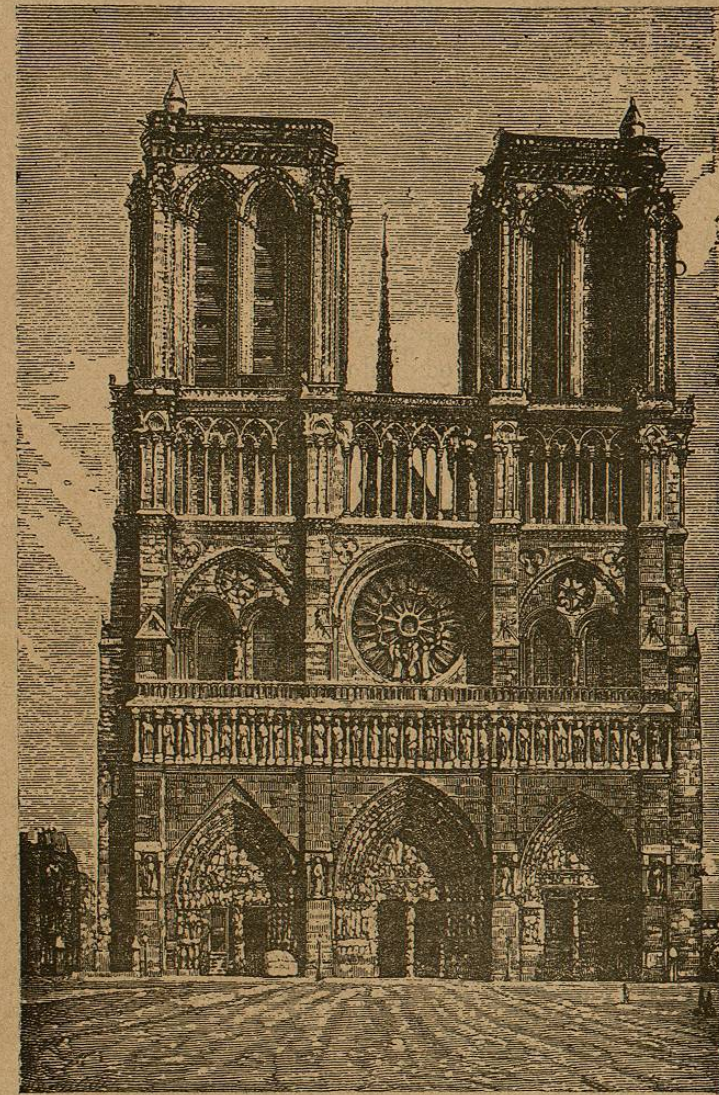


CAMILO DESMOULINS

Los electores retroceden ante la responsabilidad de autorizar el movimiento. Acuerdan solamente la convocatoria de los distritos y envían una comisión á los puestos de ciudadanos armados para rogarles, en nombre de la patria, eviten atropellos y hagan lo posible por no pasar á vías de hecho. Pero la noche había comenzado de manera demasiado seria. Los guardias franceses, escapados de sus cuarteles, se formaron en el Palais-Royal, marcharon contra los alemanes y vengaron á su camarada, matando á tres de caballería en el boulevard. Después fueron á la plaza de Luis XV, que encontraron envacuada.

El lunes 13 de Julio el diputado Guillotín, acompañado de dos electores, fué á Versalles á suplicar á la Asamblea que acordara el armamento de una guardia burguesa. Ante la Asamblea hicieron una viva

descripción del estado de París. La Asamblea nombró dos diputaciones: una para el rey, la otra para la ciudad alborotada. Del rey no obtuvo más que una seca é ingrata respuesta, bien extemporánea en aquellos



NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

momentos en que la sangre comenzaba á correr: «Que no podía cambiar ninguna de las medidas que había tomado; que él era el único juez de su necesidad; que la presencia de los diputados en París no podía causar ningún bien...» La Asamblea, indignada, acordó: 1.º Que la nación deseaba el regreso de M. Necker, como el de un bien perdido. 2.º Que